



EL TEATRO.

COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

EL

JORNALERO,

COMEDIA DE COSTUMBRES POPULARES

EN DOS ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON EMILIO ÁLVAREZ.

[Handwritten scribbles in blue ink on the left margin]

3

MADRID.

ALONSO GULLON, EDITOR.

PEZ.—60.

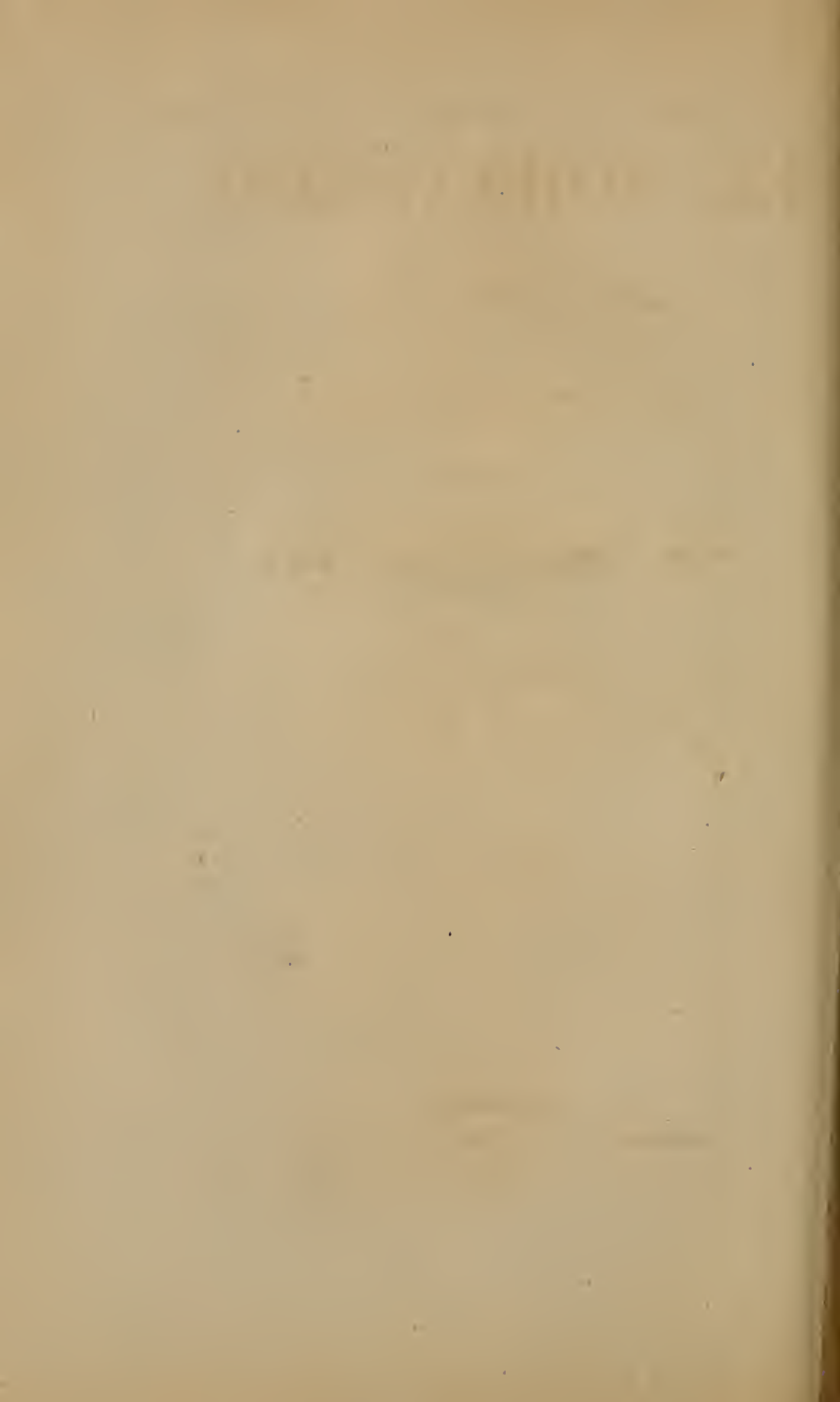
OFICINAS: POZAS—2—2.º

1878.

AUMENTO AL CATALOGO DE 1.º DE ABRIL DE 1877

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. corresponsales
COMEDIAS Y DRAMAS.			
Á las puertas del cielo.....	1	D. J. Jackson Veyan. . .	Todo
Breton.....	1	Emilio Ferrari.....	»
Caridad y abnegacion.....	1	Sres. G. Saenz Diez y A. de Larra.....	»
Cazar con liga.....	1	D. Eduardo Inza.....	»
Contra la fuerza la astucia.....	1	Senen Lopez.....	»
Dos enemigos íntimos.....	1	E. Zamora y Caballero	»
El mejor juez, la conciencia.....	1	L. Parejo y Reina...	»
El que escupe al cielo.....	1	Guillermo Perrin....	»
El tesoro de los sueños.....	1	José Jackson Veyan..	»
El viejo Miloch ó la guerra de Servia..	1	Leopoldo Parejo....	»
Enciclopedia.....	1	Calixto Navarro... .	»
Hidalguía Castellana.....	1	Senen Lopez.....	»
La agencia matrimonial.....	1	D. ^a Asuncion Lozano...	»
La chaqueta parda.....	1	D. José Jackson Veyan..	»
La justicia de Dios.....	1	L. Parejo y Reina...	»
La ley del trabajo.....	1	Mariano Chacel.....	»
La morena y la rubia.....	1	Emilio Álvarez.....	»
La primera noche.....	1	Mariano Chacel.....	»
La sombra negra.....	1	E. Jackson Cortés...	»
Los obstáculos.....	1	Sres. E. Navarro y J. Es- cudero.....	»
María.....	1	D. José María Nogués..	»
Me caso.....	1	Estéban Garrido....	»
Para el corazon no hay clases.....	1	L. Parejo y Reina...	»
Para una coqueta un viejo.....	1	Miguel Echegaray...	»
Quien á hierro mata.....	1	Emilio Ferrari.....	»
Quien no se vence á sí mismo.....	1	Leopoldo Parejo....	»
Soñar despierto.....	1	Leopoldo Parejo....	»
Una balsa de aceite.....	1	Pedro María Barrera..	»
Una casera modelo.....	1	D. ^a Asuncion Lozano...	»
Una justa literaria.....	1	D. Leopoldo Vazquez...	»
Un pollo hambre.....	1	E. Jackson Cortés...	»
Una tempestad de verano.....	1	Julio Nombela.....	»
Un conspirador.....	1	Navarro.....	»
Un detalle de la vida.....	1	Adelardo de la Calle.	»
El jornalero.....	2	Emilio Álvarez.....	»
El señor de Manzanillo.....	2	Salvador M. Granés..	»
El sombrero del ministro.....	2	Sres. Nombela y Castillo.	»
Para tal culpa tal pena.....	2	D. José Echegaray.....	»
Para una coqueta un viejo.....	2	Miguel Echegaray...	»
Verde y madura.....	2	Sres. P. M. Barrera y E. G. Bedmar.....	»
Bienes vitalicios.....	3	D. Enrique Zumel.....	»

EL JORNALERO.



EL JORNALERO,

COMEDIA DE COSTUMBRES POPULARES

EN DOS ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON EMILIO ÁLVAREZ.

Estrenada en el Teatro ESPAÑOL el 23 de Diciembre de 1877.

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1878.

PERSONAJES.

ACTORES.

MIGUELA.....	DOÑA SALVADORA CAIRON.
CÁRMEN.....	DOÑA ANTONIA CONTRERAS.
LA SEÑÁA JUANA.....	DOÑA CÁRMEN FENOQUIO.
EL SEÑOR ANTONIO.....	D. JOSÉ VALERO.
CÁRLOS.....	D. ALBERTO RODRIGUEZ.
DON FERNANDO.....	D. JULIO PARREÑO.
SABINO.....	D. MARIANO FERNANDEZ.
PEPE.....	D. N. CASTRO.
Vendedores, jornaleros, vecinos.	

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Galería Lirico-Dramática, titulada El Teatro, de D. ALONSO GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del sobre de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Patio de una casa de vecindad en los barrios bajos de Madrid. En el fondo el portal de entrada, por el que se descubre la calle y las casas de enfrente, y en el cual se halla el puesto de verduras de la tía Prudencia. En el primer término de la izquierda la habitación de Carmen á planta baja, con puerta de entrada frente á los bastidores de la derecha, y ventana con vidrios en el pequeño ángulo, que da frente al público y por la que se descubre el principio de una salita modesta y aseadamente amueblada. En el lado opuesto la habitación de Sabino, instalada en los mismos términos que la de Carmen y con una vacía colgada sobre la puerta.

ESCENA PRIMERA.

MIGUELA, CÁRMEN, SEÑÁA JUANA, VENDEDORES.

Al levantarse el telon aparecen algunos vendedores conduciendo cada uno su respectiva hacienda, á cuyo pregon llegan varios compradores en el patio y en la calle, desapareciendo despues por el fondo.

VEND. Á cuarto la vara é cinta!
OTRO. Pepinos de Leganés!
OTRO. Heláa de chufas, horchata!
OTRO. Coloraos y dulces, eh!

- Pimientos de á cuarteron!
OTRO. Quien quiée bollos!
OTRO. Agua!
OTRO. Miel!
(Desaparecen poco á poco.)
MIG. (En la puerta de la habitacion de Cármen.)
¿Conque te quedas?
CARMEN. Me quedo.
MIG. ¿Por qué no vienes, mujer!
CARMEN. Iré luégo.
MIG. Lo prometes?
CARMEN. Sí.
MIG. Vengo á buscarte?
CARMEN. Ven.
MIG. Güeno: pero no me vengas
con andrónimas despues;
que esta noche es la verbera
del barrio, y hay que correr,
y alternar con los vecinos,
espavorizarse bien;
que al fin y al cabo está una
toa la semana, y el mes,
y el año entero, entregáa
al trabajo... y para qué?
pa agenciarse una un vestido
de percal, y mal comer;
y gracias á que una tenga
salú, que á veces tambien,
cuando no puée una valerse,
tiée que acudir al aquel
de la peseta por duro
mensual, que miste que es
ganancia, que á una la deja
como á un san Bartolomé.
Conque, que vengo por tí;
que tengo yo gusto en ser
la que te yeve y te traiga,
y te saque de una vez
de entre estas cuatro paderes
donde arrinconáa te ves;
y tóo eyo, porque tú
te has entregao al querer

por tóo lo alto; así estás tú
de espiritáa...—vamos, bien,
no lo digo á mal decir;
no te incomodes, mujer.
Conque, que vengo por tí;
y te alvierto de una vez
que no me hagas de las tuyas
cuando te yeve al café,
que quien paga aquí soy yo;
no te vayas á correr,
que tengo yo gusto en ojo,
y tengo un duro tambien
y una fina voluntá
y un cariñoso interés,
como lo mereces tú
y como yo darle sé.
Conque... que vengo por tí.

CARMEN. Hasta luégo.

MIG.

Hasta despues.

(Cármén entra en su habitacion. Miguela se dirige al puesto de la señáa Juana.)

ESCENA II.

MIGUELA, SEÑÁA JUANA.

SABINO. Chis!... chis... Señora Miguela!

MIG. Qué hay de nuevo?

SABINO. Qué ha de haber?
que el padre...

MIG. No quiero chismes.

SABINO. Pero...

MIG. Que te cayes! Bien.

(Sabino vuelve á su habitacion, desde la que observa siempre cuanto pasa en la escena. La señáa Juana viene con Miguela al centro de la escena.)

Qué hay de nuevo, señáa Juana?

JUANA. Poca cosa.

MIG. Diga usted.

JUANA. Que el señorito pasea
como siempre; esto no es

- nuevo; pero hoy un señor muy formal vino tambien á preguntar por la chica.
- MIG. Y habló con eya?
- JUANA. Chipé.
- MIG. Pero entró en la casa?
- JUANA. No;
- no pasó de ese dintel. Así... por la filicitura de la persona, ha de ser endevido encopetao.
- MIG. Y no ha quedao en volver?
- JUANA. Sí.
- MIG. Vamos, será el papá de la criatura.
- SABINO. (Interponiéndose de pronto.) Quién?
- MIG. Esto es lo grande! Tio posma, (Desviándole.) á que le suelto un revés!
- SABINO. Bien, bien, yo ni entro ni salgo.
- MIG. (Á la señáa Juana.) Estoy dada á Lucifer! Porque quiero á Cármen yo muy de veras, está usté? Y quien la ofenda me ofende, y voy á armar un belen!... Al papá le habrán contaó que su hijo olvida el aquel de su rango, porque quiere á quien no debe querer: sabrá que eya es costurera, él será conde ú marqués, y viene á buscar á Cármen para... no sé para qué. Que no sepa náa el señor Antonio.
- SABINO. (Como ántes.) Qué ha de saber!
- MIG. Hombre, quién le da á usté vela para este entierro?
- SABINO. Bien, bien.
- MIG. Si yo no me meto en nada. Si no hace usté más que oler v husmear... valiente humor!

Pues puée que te pimple!—Conque...

(Á la señáa Juana.)

JUANA. Eya tíra por ahí;
la gusta lo fino.

MIG. Pues!
Miste que Dios! Si eya ha sido
hermana de leche de
la hija de un general;
y borda, y sabe leer...
y tiene mucho de aquí,
(Señalaude la frente.)
y en fin, vale más que él.

JUANA. Verdá que vale.

MIG. Eya tiene
un carárter de mujer
muy sentido, y si la faltan...

SABINO. Aquí estoy yo.

MIG. Quíte usté.

JUANA. Cuenta conmigo.

MIG. Es preciso
que esté usté á la mira.

JUANA. Bien.

MIG. Voy á ver á la Lorenza.

SABINO. (Sigo la pita hasta ver...)

(Al salir Miguela se encuentra con D. Fernando en la puerta del fondo. D. Fernando se dirige á hablar á la señáa Juana. Miguela se queda observando desde un ángulo del patio. Sabino entra en su tienda.)

ESCENA III.

MIGUELA, SEÑÁA JUANA, D. FERNANDO.

FERN. Ha venido?

JUANA. Sí señor,
la llamo?

FERN. No; sabe usted
si está sola?

JUANA. Sola está.

FERN. Me basta.

MIG. Parece un rey.

(La señora Juana se une á Miguela y ambas desaparecen por el fondo.)

ESCENA IV.

CÁRMEN, D. FERNANDO.

CÁRMEN. Ah, señor! (Desde la puerta de su habitacion.)

FERN. Usted dispense:

vengo por última vez
á esta casa.

CÁRMEN. Muy honrada
conque usted vuelva se ve;
y si usted gusta pasar...

FERN. Gracias, aquí estamos bien;
corta será la entrevista.
Recuerda usted cuanto ayer
hablamos?

CÁRMEN. Sí que recuerdo;
con amistoso interés
vino usted ayer á esta casa
solicitando mi bien:
la intencion agradecí,
la cortesía estimé.
Me habló usted de su hijo Carlos,
de su amor, de su deber...
yo le hablé á usted de mi padre
y usted me oyó con desden.
Más aún, que era un obstáculo
á mi dicha, dijo usted,
siempre que yo no quisiera
vivir separada de él:
entre mi padre y mi amor
jamás vacilar podré;
mi padre.

FERN. Niña, es preciso
pensarlo con madurez.
Sé cuanto á un padre se debe,
y yo soy padre tambien.
Usted se niega... bien hecho;
nada más añadiré.
Loable es el sacrificio:

usted mereció nacer
en más alta esfera.

CARLOS. Yo...

FERN. Oh, no hay que ofenderse. Hoy es
nuestra situación difícil,
muy difícil... y no sé...
no sé cómo hallar un medio .
que concilie... sea usted juez:
usted ama á mi hijo Carlos...
no hay que sonrojarse: él
también está enamorado,
y es natural que lo esté:
usted vale mucho.

CARLOS. Gracias.

FERN. Sin lisonja; vale usted.—
Mi hijo me habló de un modelo
de virtud, de candidez:
como padre cuidadoso
quise por mí mismo ver
si su amor exageraba...
y vine... y qué mas diré?
Yo quiero mucho á mi hijo,
es mi existencia, es mi bien,
y hoy veo que usted merece
un esposo como él.

CARLOS. Señor...

FERN. Salvando el decoro,
bendeciría tal vez
una union... que de otro modo,
no puede .. no puede ser.
La sociedad nos da leyes...
bien conozco que es cruel,
pero el mundo...

CARLOS. Yo... señor...

yo no pido nada.

FERN. Pues!

La pobreza y el orgullo
siempre unidos: de una vez
imite usted mi franqueza;
la verdad puede ofender?
Hay desigualdad de clases,
porque su padre de usted...

CARLOS. Mi padre...

FERN. Será un bendito...
un modelo de honradez:
mas su porte... sus costumbres...
un menestral... ya se ve:
quién podría hoy despojarle
de sus hábitos de ayer?
Viviendo á su lado haríamos
muy ridículo papel.

CARLOS. Luégo usted ha venido...

FERN. Niña,
vine á cumplir un deber.
En la extremada ocasion
en que me hallo, fuerza es:
usted cumple el suyo siendo
hija cariñosa y fiel;
yo alejando de aquí á Cárlos
cumpliré el mio tambien.

CARLOS. Cómo?

FERN. Salgo de Madrid.

CARLOS. (Oh!) Y él tambien?

FERN. Tambien él.
La ausencia es indispensable:
de este modo lograré
poner término á un amor
que yo no puedo acoger.

CARLOS. (Dios mio!)

FERN. (Pobre muchacha!
Me inspira tanto interés
su dolor!...)—Usted le quiere...

CARLOS. Cuanto se puede querer...

FERN. Es una desgracia... pero...
ya usted comprende...

CARLOS. Lo sé.
Entre mi padre y mi amor,
primero mi padre.

FERN. Bien.

CARLOS. Señor, si yo le abandono,
quién cuidará su vejez?

FERN. Abandonarle?...! no, no:
podrá usted verle despues
algun dia; y aunque es fuerza

que vi vamos lejos de él,
proveeré á su subsistencia
cuanto fuere menester.

CARLOS. Cuánta generosidad!

FERN. Todo lo merece usted.

Evite usted mi partida,
que quizás no volveré:
sólo usted puede evitar
separacion tan cruel.

Pida usted consentimiento
á su padre, que yo sé
que le dará, y es muy justo:
cuando se trata del bien
de su hija...

CARLOS. No es posible...

FERN. Bien; entónces partiré,
y Cárlos vendrá conmigo.

CARLOS. ¡Dios mio!

FERN. Piénselo usted.

(D. Fernando se va por el fondo. Cármen entra en
su casa. Sabino sale cautelosamente de la suya.)

ESCENA V.

SABINO, MIGUELA.

SABINO. Él se marcha pensativo,
y ella medita tambien:
pues señor, es fuerza que esto
termine ya de una vez.

(Acechando á Cármen desde la puerta de su ha-
bitacion.)

MIG. Pues! Ya el hombre se coló.

(Aparece en la puerta del fondo observando á Sa-
bino.)

Escuche usté, don Simplicio;

(Dándole un golpe en el hombro.)

no tiène ustè otro oficio
que el de husmear?

SABINO. Yo?

MIG. Usted.

SABINO. Yo?

MIG. Han untado el carro?

(Con la accion de contar dinero.)

SABINO. ¿Á mí?

MIG. Bien hace usted el oso.

SABINO. Bien?

MIG. Á quién cela usted?

SABINO. Á quién?

MIG. Qué hace usted aquí?

SABINO. Aquí?

MIG. Se va usted á quedar conmigo?

SABINO. ¿En dónde?

MIG. Valiente humor!

Le han hecho á usted intrentor

de esta casa, güen amigo?

Sirve usted ya de tercera?

SABINO. Yo?

MIG. Valiente ocupacion!

Lo que es usted es un falton;

pero cómo? De primera.

Miste, no vuelva usted á ir

con chismes de aquí pa ayá,

porque de una manguzá

le van á usted á dividir.

SABINO. Por mi parte...

MIG. Ya te veo!

SABINO. Salgo... por si ocurre algo.

Pero yo ni entro ni salgo.

MIG. Eres turco y no te creo.

SABINO. Miguela...

MIG. Quite usted allá!

SABINO. Perdone usted...

MIG. No hay de qué.—

Cármén! (Llamando desde la puerta.)

SABINO. Si yo...

MIG. Caye usted.

SABINO. (Bueno, bueno, bueno va!)

(Entraudo en su casa.)

ESCENA VI.

MIGUELA, CÁRMEN.

MIG. Qué ha habido aquí!

(Poniéndose en jarras delante de Cármén.)

CARMEN. Nada ha habido.

MIG. No soy yo tu amiga?

CARMEN. Sí.

MIG. Pues vas á contarme á mí
la verdad del sucedido.
Tú has yorado.

CARMEN. No.

MIG. Has yorado;
y yoras aún... Por mi nombre!
Aquí ha estado á verte un hombre;
ese hombre te ha faltado?

CARMEN. Al contrario: si supieras...

MIG. Pero ese hombre quién es?

CARMEN. El padre de Cárlos.

MIG. Pues!

CARMEN. Bendice mi amor.

MIG. De veras?
Cármen, mira que te engaña.

CARMEN. Quiere casarnos.

MIG. Quedría!
Él casarte?... Cualquier día
me larga á mí esa castaña.
Dí tú que ese hombre presume,
y quiée quedarse contigo,
y oye bien lo que te digo,
que eso es lo que me consume
No hagas tú caso de usías,
ó al que te falte en el mundo
salgo á verle, y le confundo
de una razon de las mias:
pues apuraitamente
la chica no tiée rosueyo.
Óyeme.—Digo, si en eye
no tienes incomeniente.
Quién te quiere, Cármen?

CARMEN. Tú.

MIG. Eres tú mi amiga?

CARMEN. Yo.

MIG. Miento yo en el mundo?

CARMEN. No.

MIG. Pues oye, por tu sajú,
Cármen, tú faltas aquí;

te vas á comprometer:
te lo dice una mujer,
que distingue... por que sí.
Una mujer que se muere
por tí, por tu aquel senciyó;
y es honráa á machamartiyo,
y es güena... porque Dios quiere.
Que se planta en la del rey
cuando su dicho no valga;
pero cuanto de eya salga
di tú que es plata de ley.
Óyeme... y replica... y dí...
y no te ofusques, mujer;
si es verdad ese querer,
no tienes un padre? Sí.
Cuando te vé algun pesar
no está con el agua al cueyo?
Por qué no enterarle de eyo
como es justo y regular?

CARMEN. Pero...

MIG. Cármen, desconfía;
Cármen, no me pongas pero;
mira, Cármen, que te quiero
como si fuás cosa mia.
Chica, dudo, francamente.

CARMEN. Por qué?

MIG. Oye mi decir:
cuando yo tengo un sentir,
lo publico frente á frente.
Que us querís? Aunque así sea:
él nada puede perder;
quien pierde aquí es la mujer,
estás? Entiende mi idea.
Porque mi preposicion
es esta: que tú le quieres,
y él es muy rico, y tú eres
la hija de un pobreton.
Y él tendrá amores; y añide,
que al primer salto de mata,
por alguna aristocráta
es muy fácil que te olvide.
Por que el padre es un fantástico:

y el hijo... Cármen, perdona;
mas qué has visto en su persona,
si parece un escolástico?

CARMEN. Miguela!

MIG. Te faltó? Bien;
yo te he dicho esa expresion
sin maliciosa intencion;
mas ya que te ofendo, amen.

CARMEN. No me ofendes; pero ignoras
cuánto le quiero!

MIG. Cabal!

Viva la gracia! Haces mal.
Yoras?... Cármen, por qué yoras?
No soy tu hermana?... Perdona.
Pero qué te falta aquí?
No tienes tú un padre, dí,
que se mira en tu persona?
Malhaya tu buen querer
si de ese modo le das!
A quién debes querer más
que al padre que te dió el sér?

CARMEN. Calla, por Dios!

MIG. Cármen mia,
perdon; dije mi sentir.
Ea! Te vas á venir
ahora en mi compañía.

CARMEN. Dónde?

MIG. Quiero convidarte.

CARMEN. Déjame.

MIG. Quiá! No te deajo;
vaya, sigue mi consejo,
y ven á espavorizarte.

CARMEN. Mujer...

MIG. Y convite fino;
hoy es sábado; hay de qué.
Tomaremos un café
y copa de marrasquino.

CARMEN. Pero mujer...

MIG. Ponte el velo;
tú no puées venir... así...
con sólo un pañuelo... á mí
me basta con el pañuelo.

CARMEN. Vamos pues.
(Entra y sale con el velo puesto.)
MIG. Qué hermosa eres!
(Jaleándola mientras entra y sale.)
vaya un taye principal!
Olé!... Qué viva esa sal!
CARMEN. Qué loca! (Saliendo.)
MIG. Un beso! Me quieres?
CARMEN. Miguela!
MIG. Te quiero tanto!
CARMEN. Es cerca?
MIG. Tú eres quien manda.
Volveremos pronto, anda.
Hola! Aún está aquí ese avanto?
(Viendo á Sabino al salir de su casa.)

ESCENA VII.

LAS MISMAS, SABINO.

SABINO. Se va de paseo?
MIG. Justo.
SABINO. Muy pronto va á oscurecer.
(Á Cármen con intencion.)
MIG. Mejor.
SABINO. Se puede saber...
MIG. Caye usted, hágame usted el gusto.
SABINO. Yo acompañarlas podré.
MIG. Aónde va usted, don vacía?
Si no se dice en un dia
tóo lo feo que es usted!
Ven, Cármen.
SABINO. (Como ántes.) Conque quedamos
en que va usted á volver
muy pronto?
MIG. Vamos, mujer? (Alejándose.)
SABINO. (Va á venir?) (Bajo á Cármen.)
CARMEN. (Id. á Sabino.) (Silencio.)
MIG. (Casi fuera de la escena.) Vamos?
(Se van por la derecha; empieza á oscurecer. Con-
viene que la luna ilumine la escena.)

ESCENA VIII.

SABINO.

Ya toco la realidad:
los casaré, no que no.
Donde pongo mano yo
nace la felicidad.
Y desconfían de mí,
y me tildan de chismoso!
Eh! los caso... y soy dichoso!
qué gozo que siento aquí!
Yo al cabo soy un vecino
honrado... y que no hay tu tia;
apuesto mi barbería
á que los caso.

ESCENA IX.

SABINO, CÁRLOS.

CARLOS. (Entrando por el fondo.) Sabino.

SABINO. Oh, señor don Cárlos, llega
usted á tiempo, señorito.

CARLOS. Está sola?

SABINO. No está en casa:
en este instante ha salido.
No sé cómo no se ha dado
usted con ella de hocicos;
quiero decir... Ah, señor,
perdone usted el terminillo;
pero andando entre esta gente
se le pega á uno el estilo,
las maneras... vea usted, yo,
yo, que soy un hombre fino,
como lo son otros muchos,
como lo es usted mismo.
Si está en la sangre, señor;
lo que está en el individuo...

CARLOS. Volverá pronto?

SABINO. No tarda

:

diez minutos... qué, ni cinco.
Se la llevó la Miguela...
pues, ya sabe usted quién digo.
La moza más arrogante
del barrio: ¡vaya un trapío!
Tosca, uraña, desenvuelta,
provocativa... buen tipo!
Honrada y buena, eso sí;
que es Miguela á un tiempo mismo
tan blanda de corazón
como dura de sentido.
Como es amiga de Cármen...
Vaya! la tiene un cariño! ..
y hoy es la fiesta del barrio,
y es sábado, y tiene trigo,
se la ha llevado al café.
Espérela usted conmigo,
quiero decir, en mi tienda;
que en este patio maldito
no está usted bien, porque son
muy chismosos los vecinos
y en todo se meten. Toma!
y eso que yo ando muy listo
y entro y salgo más que ellos.

CARLOS. Mil gracias, amigo mío.

SABINO. No es porque usted lo agradezca;
sino que ese es mi prurito,
mi sólo afán, mi invencible
inclinación desde niño,
el encanto de mi vida,
y en fin, es mi único vicio.

CARLOS. Yo sabré recompensar
tantos favores, Sabino.

SABINO. Silencio! el señor Antonio
llega aquí con sus amigos.
Salen del trabajo, pero
es noche de regocijo:
saldrá de casa, y en tanto
nosotros... lo dicho dicho.
Adentro; que no conviene
que le halle á usted en este sitio.)
(Entran en la barbería.)

ESCENA X.

ANTONIO, PEPE, JORNALEROS.

PEPE. Esto no se puede ya
tolerarse.

ANT. Por qué? Dilo.

PEPE. Porque el trabajo es inmenso
y los jornales mezquinos;
y esto tiée ya que tener
un fin ú otro.

ANT. No seas niño.

PEPE. Y á mayor abundamiento,
sobre andar escaso el vino,
el pan anda por las nubes;
y si esto dura, de fijo
que no se va á hallar manera
de echar mano á un panecillo.
Es verdad.

JORN.

ANT. Vamos callando,
que yo sé lo que me digo.
Qué sus habeis figurao
vusotros?—Oye, borrico: (Á Pepe.)
el hombre.. para ser hombre,
ha de ser fuerte y activo,
y ha de dar su utilidad
como cualquier individuo;
que delante del trabajo
tóos los hombres son lo mismo,
estás tú?—Pensais vusotros
que no trabajan los ricos?
Pus trabajan; y si á mano
viene sudan el quilo,
y acaso con más fatiga,
y en trabajos más dañinos
que quebrantan la salud,
y hasta trastornan el juicio.
Mía tú yo, pongo por caso,
y quien dice yo, el vecino:
pues yo es verdad que trabajo,
y sufro el calor y el frio,

y mal que bien como y bebo,
y aunque mal, eyo es que vivo.
Pero duermo á pierna suelta,
y á nadie en el mundo envidia,
y tengo el corazon sano
y el espíritu tranquilo,
y un brazo y una salud
que no los parte un cuchillo.

PEPE. Atento á eso que usted dice
mi parecer es distinto:
ú no es hombre... ú no es hombre.
Si es hombre, debe ser rico
pa vivir sin el trabajo,
y si no lo es, por lo mismo.

ANT. Anda, que eres holgazan
y te dominan los vicios.
Ímitame á mí, tendrás
mi contento y regocijo;
una casa honráa, y en ella
una hija que es mi hechizo:
y si viviera su madre...
más quién llena ese vacío?
Y miá tú que pa una hija
una madre es un arrimo
mas necesario que echar
puntales á un edificio.
Dios se la llevó, y ya
sabrás Dios lo que se hizo.
Más yo me dije á mis solas
hablando conmigo mismo:
esta niña se ha quedao
sola en el mundo conmigo;
pues á trabajar pa ella,
y á vivir pa darla mimo,
y educacion, y regalo,
y yo la educao... digo,
en mis cortas facultades
y en lo que me da el oficio;
sabe bordar y escribir...
pues y leer... vaya un pico!
Pa que quio yo más grandeza
que el trabajo y su cariño?

- PEPE. Velay usted que eya un día,
y que no valga mi dicho,
no salga al corresponsable
de tóos esos beneficios.
- ANT. Calla! Si fuera capaz...
Si un día... Eh! Qué desatino!
Malos pensamientos tienes!
Pues miá, no te los envidio.—
Vamos al caso: esta noche
es de broma, amigos míos,
que da un baile la Lorenza,
y yo en su nombre os convido.
- UNO. Cómo?
- ANT. Mañana es su santo.
- OTRO. Es verdad.
- OTRO. Ya lo sabíamos.
- ANT. Estais todos convidados.
- PEPE. Vamos á verla?
- TODOS. Ahora mismo.
- ANT. Andad.
(Entran en la habitacion de la Lorenza.)

ESCENA XI.

ANTONIO, la SEÑÁA JUANA.

- ANT. Está en casa mi hija?
- JUANA. Con la Miguela ha salido
hace poco.
- ANT. Á dónde fué?
- JUANA. No sé.
- ANT. Vino el señorito?
- JUANA. No.
- ANT. Buena señal; mi Cármen
sin duda le ha despedido.
- JUANA. Puede ser.
- ANT. Vale mi Cármen!...
Váyase de Dios bendito
y no vuelva más.
(Sabino sale de su casa.
(Y este hombre?...)
(Reservadamente á la señáa Juana.)

- JUANA. Quién, ese? Sigue lo mismo.
ANT. Cómo?
JUANA. El otro le regala,
y yeva y trae...
ANT. Habrá pillo!
SABINO. (Qué miradas!)— Buenas noches.
Va usted de baile, vecino? (Con amabilidad.)
Á mí no me han convidado.
ANT. Á usted?... Y con qué motivo?
Allí son amigos todos.
SABINO. Pues yo...
ANT. Usted no es nuestro amigo.
SABINO. Qué franco es usted! (Qué brutal!)
Voy adentro... con permiso.
ANT. Vaya usted con Dios. Mi hija
(Alzando la voz.)
es honrada... y no hay peligro...
es mi hija... y esto basta.
JUANA. Aquí viene.
CARMEN. Padre mio!
(Llegando por el fondo seguida de Miguela.)

ESCENA XII.

CÁRMEN, MIGUELA, JUANA, ANTONIO.

- ANT. Hija mia! No me abrazas?
CARMEN. Padre!
ANT. Así! Á dónde habeis ido?
MIG. Al café; yo nubiá tomo
café con tostáa; pero hijo,
esta quiso refrescar
y hemos tomo chica y chico.
ANT. Cómo?
MIG. Cerveza y limon.
Sino que tengo al dediyo
los términos... soy parroquiana...
ANT. Mi buena suerte bendigo:
teniéndote entre mis brazos
á nadie en el mundo envidia.
Estoy contento de tí,
salvo algunos disgustillos

que me das...

CARMEN.

Yo...

ANT.

Picaruela!

Estoy celoso... lo dicho;
no quiero que nadie me hurte
tanto así de tu cariño,
y mucho ménos personas
que enamoran por oficio:
somos pobres, la pobreza
suele servir de ludibrio...

CARMEN. No diga usted eso, padre,
yo sé...

ANT.

Yo sé lo que digo:
y si tú... más sin razon
me exalto... yo no te riño.
Tú eres muy buena muchacha:
sé que no me das motivo
de enojo, verdad?

CARMEN.

No, padre.

ANT.

Estás tú triste, cariño?
Diviértete... como yo.
Esta noche... ven conmigo,
nos espera la Lorenza.

CARMEN. Iré luégo, he prometido
á Miguela...

MIG.

Sí, tenemos
que evacuar cierto asuntillo.

ANT.

Eso es otra cosa, bueno:
quédate... estando contigo...
Ya voy allá... adios, paloma.—
Ah! Que si bebo un tragito...
ó dos, no me reñirás?
Ya ves... mañana es domingo...
Adios, lucero.

ESCENA XIII.

CARMEN, MICUELA.

MIG.

No vienes?

CARMEN. Despues.

MIG.

Insistes?

- CARMEN. Insisto.
Quiero hablarle.
- MIG. Como quieras:
pero mira...
- CARMEN. Ya lo he dicho.
Hoy es la última entrevista;
déjame, te lo suplico.
- MIG. Si lo mandas...
- CARMEN. Sí.
- MIG. Está bien.
Te esperaré?
- CARMEN. Lo prohibo.
Vete al baile.
- MIG. Pero...
- CARMEN. Vete.
Quiero estar sola; es preciso.
Hoy por la última vez
hablar con él necesito.
- MIG. Por la última vez?
- CARMEN. Lo dudas?
No fías en mí?
- MIG. Sí fío;
pero en vano disimulas:
bien dicen esos suspiros
que le tienes un querer
que te sale de lo íntimo.
- CARMEN. Miguela, si tú miráras
lo inmenso de mi cariño,
si miráras lo que sufro,
si miráras...
- MIG. Lo que miro
es que ese hombre nos va á dar
la gran desazon del siglo.
En fin, lo mandas... me voy.
- CARMEN. Yo iré á buscarte.
- MIG. Está dicho.
Adios.—(Á la fin y al postre
si está muerta por el niño...
No ha nacido afortunado
apenas ese endevido.)

ESCENA XIV.

CÁRMEN.

Óyese algazára y jaleo en el lado de la derecha. do nde se supone la casa de la Lorenza.

COPLA. (Dentro.) «Las fatigas que se cantan
son las fatigas más grandes,
porque se cantan llorando
y las lágrimas no salen.»

CARMEN. Ellos son felices; ellos
no comprenden mi martirio.
La alegría de esas gentes
me hace daño.—Oh, Dios mio!
Perdon!... Allí está mi padre...
mi padre!...—Aquí está mi sitio.
(Entra en su casa. Breve pausa mientras se ex-
tingue poco á poco el canto y bulla de adentro.)

ESCENA XV.

SABINO, CÁRLOS.

Sabino, despues de reconocer la escena, llama á Cárlos.

SABINO. Ajá! Ya es nuestro el terreno;
al asalto y á triunfar.

CARLOS. Dudo... hasta ahora resistió.

SABINO. Pues hoy no resistirá.
Está mas blanda que un guante:
su padre de usted ademas
la habló de un modo esta tarde...
si la viera usted llorar!

CARLOS. Ángel mio!

SABINO. Segun veo
la quiere usted mucho?

CARLOS. Ah!
Con amor puro... infinito;
y si mi padre...

SABINO. No hay más;

desde ahora cargo con toda la responsabilidad.

Papá teme... y con razon: como el padre es un adan, y gasta chaqueta... le huye: y tiene razon papá.

Los que gastamos levita no podemos alternar...

CARLOS. Mas llevarla así... aunque ella dando crédito á mi afan, huya conmigo... mi padre sé que la rechazará.

SABINO. Se la lleva usted á su quinta de recreo... lo demas corre de mi cuenta... nada! ya ha aceptado usted mi plan. De dos males... el menor: queda otro medio?... No tal. Ó perderla para siempre, ó sorprender á papá. Allí una vez... con mi chispa... soy yo lo más perspicaz... dado el primer paso... luégo no es fácil volver atrás.

CARLOS. Si triunfa usted le prometo cien onzas.

SABINO. Cien onzas?... Cá! Oro?... usted no me conoce. Yo venderme?... Voto á san! Yo soy pobre, pero honrado! mi proceder es leal; pues si quiero yo á la chica!... y al padre le quiero más!... Seré feliz si á los dos les doy la felicidad.

CARLOS. Qué noble desinterés!

SABINO. Así estoy yo... ¿no es verdad? Por eso há dos años no me pude revalidar, y me acostaba en ayunas cursando latinidad. Por eso afeito á seis cuartos

en vez de afeitarse á real;
y por eso son mis galas
este viejo levisac,
más feo que el no tener,
que es la mayor fealdad.
Pero en fin, yo soy así...
conque á ella, sin vacilar!

CARLOS. Temo...

SABINO. Qué es temer?... Á ella!

Y si persiste tenaz
en quedarse, cuatro frases
de aquellas que hacen temblar!—
«Ingrata, adios para siempre!—
Ah, Cárlos!—Déjame en paz!—
Espera!—Aleve... perjura,
me ha muerto tu crueldad!—
—Me dejas?—Tú lo has querido!—
¿No vas á volver?—Jamás!»—
Ella entónces dirá...—«Oh!»—
Y usted con más fuerza...—«Ah!»—
Hasta que ella diga...—«Cárlos,
»hágase tu voluntad!»

CARLOS. Oh, lo dirá.

SABINO. Es mujer,
y la lucha es desigual.
La mujer sabe mejor
que el hombre sentir y amar;
y tienen las pobrecitas
tanta sensibilidad!...
Se pasa el tiempo... está el coche
preparado?

CARLOS. Si lo está.

SABINO. Pues llamo.—Ya viene; firme!
Yo estaré alerta.

CARLOS. Bien.

CARMEN. Ah!

(Abriendo la puerta.)

ESCENA XVI.

CÁRMEN, CÁRLOS, SABINO.

CARMEN. Alma mía!—Qué! (Cármén le evita)

SABINO. (Observemos.)

(Desde la ventana de su casa.)

CARLOS. Me rechazas?

CARMEN. Es preciso.

Nuestra suerte así lo quiso;
por la última vez nos vemos.

CARLOS. Qué dices?

CARMEN. Que es menester
que usted se aleje...

CARLOS. Qué he oído?

Has olvidado?...

CARMEN. No olvido;

mas tal es nuestro deber.

CARLOS. Cármen!

CARMEN. Salga usted.

CARLOS. Jamás!

usted?... Ese usted me mata.
Que salga?... Buen pago, ingrata;
qué buen pago á mi amor das!
cuando esperaba anhelante
como premio á mi pasion,
que tu amante corazon
no vacilára un instante!
Cuando realizado ví
nuestro sueño venturoso,
cuando vengo á ser tu esposo
tú me rechazas así?

CARMEN. Mi esposo!

CARLOS. Mi padre acaba
de ofrecerme el bien que ansío.

CARMEN. Su padre de usted?... y el mio?
No tengo yo padre?

SABINO. (Desde la ventana.) ¡Brava!

CARLOS. Tu padre será dichoso;
el mio nos asegura
á los tres igual ventura
cuando yo sea tu esposo.

CARMEN. Cómo?

CARLOS. Nos espera.

CARMEN. Á quién?

CARLOS. Todo está dispuesto.

CARMEN. Pero...

- CARLOS. Si tu amor es verdadero
accede á mis ruegos, ven.
- CARMEN. Adónde?
- SABINO. (Desde la ventana.) (Sonó el disparo.)
- CARLOS. Á ser venturosa.
- CARMEN. No.
- CARLOS. Mi padre me espera.
- CARMEN. Yo
tambien tengo padre.
- SABINO. (Es claro.)
- CARLOS. Te niegas?
- CARMEN. Sí, salga usted.
- CARLOS. Adios!
- CARMEN. Adios! (Ay de mí!)
- CARLOS. Saldré de esta casa, sí,
y para siempre saldré.
- CARLOS. Para siempre?
- SABINO. (Ahí duele.)
- CARLOS. Fiera!
Perjura!
- CARMEN. Cárlos!
- SABINO. (¡Traidora!)
(Involuntaria y cómicamente.)
- CARLOS. Adios!
- CARMEN. Ay, Cárlos!
- SABINO. (Ya llora.)
- CARLOS. Déjame partir.
- CARMEN. Espera!
- CARLOS. Cómo? Consientes, no es cierto?
- CARMEN. Yo dejar mi casa?
- CARLOS. Ven;
nos espera eterno bien.
- CARMEN. Pero advierte...
- CARLOS. Nada advierto.
Sábelo: mi padre tiene,
si me alejo de tu lado,
otro enlace proyectado.
- CARMEN. Otro enlace?
- SABINO. (Que lo pene.)
- CARMEN. Pues en tí cabe mudanza?
Tú en brazos de otra mujer?
- CARLOS. Pues qué me resta que hacer

cuando matas mi esperanza?
No te habló mi padre?

CARMEN. Sí;
con paternal interés
vino á buscarme.

CARLOS. Lo ves?

CARMEN. No dudo de él ni de tí.
De su ternura sin par
satisfecha mi alma queda:
nada temo, en fin, que pueda
mi casto amor empañar.
Pero alejar de ese modo
á mi padre...

CARLOS. No lo creas:
cuando tú mi esposa seas
del mio lo espero todo;
toda la felicidad
que para tí necesito,
que si es tu padre un bendito
el mio es todo bondad.
Y cuando en tranquila vida
nuestro pecho de amor lleno,
halle su dicha en el seno
de una familia reunida,
será todo el afan mio
pasar la vida á tu lado
contemplándote extasiado,
rindiéndote mi albedrío;
y á tí unido, en tí creer,
y de tí el bien esperar,
y contigo suspirar,
y para tí apetecer.

CARMEN. No hables por tu vida así
á quien tanto de tí fia.
Ay, Cárlos del alma mia,
y cómo triunfas de mí!

CARLOS. Ven.

CARMEN. Por Dios!

CARLOS. Ya es demasiado:
mira bien cómo me dejas,
Cármén mia, que me alejas
para siempre de tu lado.

CARMEN. Cárlos!

CARLOS. Ángel de bondad!

CARMEN. Déjame! Me vuelves loca!

CARLOS. Oiga yo un sí de tu boca
de eterna felicidad.

CARMEN. No puedo... No estoy en mí!...

CARLOS. Una palabra de amor!

Una sola!...

CARMEN. Por favor!...

CARLOS. Partirás?

CARMEN. (Con decision.) Sí, Cárlos, sí!

SABINO. Ah!... Zambomba!... Sudo... ah!...

(Separándose de la ventana.)

CARLOS. Gracias, bien mio!

CARMEN. (Perdon!)

CARLOS. Grabada en mi corazon
tanta merced quedará.

Sabino. (Llamándole á media voz.)

CARMEN. Quién?

CARLOS. Con los dos

vendrá... Corro á prevenir...

vuelvo... disponte á partir.

Volveré muy pronto... adios.

(Cárlos se marcha por el fondo. Sabino descuelga
la vacía y entra en su casa.)

CARMEN. Oh, Dios mio! Tu perdon!

Tú que ves la pena mia,

por mi pobre padre envía

hasta mí tu bendicion.

(Cármen entra en su casa y se sienta detrás de la
ventana donde se la ve escribir sobre una mesita
de pino. Momento de algazara y jaleo en casa de
Lorenza. La señaá Juana recoge su puesto de ver-
duras y se retira despues por la izquierda.)

COPLA. (Dentro.) «Ya me quedé triste y solo;

ya me abandonó mi niña;

ya no tengo yo en el mundo

quien consuele mis fatigas.»

(Cárlos entra cautelosamente por el fondo y llega
á casa de Sabino: éste cierra su tienda y ambos se
dirigen á la habitacion de Cármen, mientras en
casa de Lorenza sólo se deja oír en este momento

el acompasado punteo de la guitarra.)
SABINO. Se pasa el tiempo, salgamos. (Á media voz.)
CARMEN. Perdon, Dios mio!
CARLOS. Mi bien!...
Vacilas?
CARMEN. No puedo... (Dejándose conducir.)
CALLOS. Ven.
SABINO. Vamos?...
CARMEN. Padre mio!...
SABINO. Vamos!...
(Desaparecen por el fondo. La señá Juana llega por la izquierda, y al oír las últimas palabras, los sigue un momento y vuelve sumamente agitada; llega á la puerta de la habitacion de Lorenza y exclama con sofocada voz.)
JUANA. ¡Miguela!... Se escapan... sí!
Se marchan... Miguela!...
MIG. Qué!
JUANA. Se escapan!
MIG. Qué dice usted?
JUANA. En un coche... por allí!...
MIG. Quién?
JUANA. Cármen... con él!... Se van!
MIG. Mentira!... Cármen!...
(Entrando en la habitacion de Cármen y saliendo desesperada.)

Se ha ido!
Me ha burlado!... Me ha vendido!
Corra usted... Cerca estarán...
(La señá Juana sale precipitadamente por el fondo. Antonio sale de la habitacion de Lorenza; van apareciendo poco á poco todos los del baile.)

ESCENA XVII.

MIGUELA, ANTONIO, VECINOS.

ANT. Qué es esto?
MIG. Nada... que yo .
ANT. Y mi hija?... Qué pasa aquí?
Cármen!... Cármen! (Entrando en su casa.)
MIG. No está ahí.

- ANT. Qué dices? (Volviendo.)
MIG. Que ha huido.
ANT. Oh!
Tú me engañas... no es verdad!
Que huye dices?... Con quién?
MIG. (Con temor.) Con...
ANT. Calla!... Cármen!...
(Sin dejarla hablar y entrando en la casa.)
No está... Mira!
(Volviendo á salir y dirigiéndose á Miguela, asien-
dola de un brazo con mano convulsa.)
Una carta... sin mí estoy!
Es de ella... su letra es...
Qué es esto!... Válgame Dios!
(Recorriendo la carta de una ojeada á la luz de
un farol que habrá en la fachada de la casa de Sa-
bino.)
«Perdon, padre mio! He cedido á los rue-
»gos del hombre á quien amo: fie usted en
»él, y no niegue su amor á su cariñosa
»hija...»
Huye de mí... me abandona!...
Qué maldad! Qué fea accion!
En su busca partiremos.
Venid todos.
Todos. Vamos.
ANT. No:
hija ingrata... no he de verla!
Á su padre abandonó!
Me ha herido en el alma; me ha
destrozado el corazon!
(Antonio cae desvanecido en los brazos de Migue-
la, y acuden todos á socorrerle.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

THE HISTORY OF THE

REIGN OF

CHARLES II.

BY JOHN BURNET, BISHOP OF SALISBURY.

IN TWO VOLUMES.

LONDON, Printed by J. Sturges, in the Strand, 1724.

THE SECOND VOLUME.

ACTO SEGUNDO.

Jardin con verja en el fondo.—Fondo de campo.

ESCENA PRIMERA.

CÁRLOS, SABINO.

- SABINO. Señorito! (Llegando por el fondo.)
CARLOS. Qué hay de nuevo?
SABINO. De nuevo? No hay ya bastante?
Nos hemos metido en una...
y no es que yo me acobarde,
yo siempre tengo recursos;
mas lo que es en este instante...
En qué ocasion se le ocurre
traer á su señor padre
á esos amigotes: ¡toma!
y todos son personajes.
CARLOS. En la estacion de verano
suele mi padre invitarles;
pasan el dia en la quinta,
mas se van al caer la tarde.
SABINO. Y usted por qué no me dijo?...
CARLOS. No creí que hoy...
SABINO. Vaya un lance!
ya lo han visto y oido todo,

y aunque por prudencia callen,
como ya han adivinado
que aquí sucede algo grave,
sin aclararlo, no hay ya
quien de la quinta los saque.
El papá está que echa bombas;
para el tonto que le hable.
Él quiere que la muchacha
salga de aquí á todo trance;
si se obstina...

CARLOS. Oh, no saldrá!

SABINO. Bien; pero yo por mi parte
no me atrevo á resistirle.
Tiene un genio... y un empaque...
al fin militar antiguo.
Al verme monta en coraje,
y temo que me sacuda
aún entre cuero y carne.

CARLOS. Yo le hablaré.

SABINO. Es lo mejor;
puede ser que usted le pare.
Lo que es yo, no siendo ya
mi presencia indispensable,
sin que lo sienta la tierra
voy á tomar el portante.

CARLOS. No faltaba más! Usted
no puede ya abandonarme;
usted se ha comprometido
conmigo.

SABINO. Ya no hay escape.

CARLOS. Ay de usted si me abandona!
Voy á buscar á mi padre.

ESCENA II.

SABINO, despues D. FERNANDO.

SABINO. Pues señor, he errado el golpe.
Mal haya amen mi carácter
y mi... ese coronel
es hombre atroz; tiene arranques
terribles, y en uno de ellos...

si yo pudiera escaparme...
probemos.—Ay!.. Me he lucido,
él es: la Virgen me ampare!

FERN. Qué hace usted aquí?

SABINO. Yo... señor...
estaba... ya usía sabe...

FERN. Calle usted!

SABINO. Si usía...

FERN. No
se me ponga usted delante.
Salga usted de aquí!

SABINO. Sin ella?

FERN. Con ella.

SABINO. Es que ella...

FERN. Calle!

Yo no quiero saber nada!
Ó vuelve usted á llevarse
á esa muchacha, ó por Dios!...

SABINO. Señor, eso no es tan fácil:
ella no quiere salir.

FERN. Avise usted á su padre.

SABINO. Es que el señorito Carlos
me ha prohibido avisarle.

FERN. Yo mando que vaya usted
y vuelva esta misma tarde.

SABINO. Muy bien.

FERN. (Amenazándole.) Y si usted no vuelve...

SABINO. Muy bien, volveré al instante. (Marchándose.)

FERN. Venga usted aquí.

SABINO. (Volviendo muy diligente.) Mande usía.

FERN. (Pobre niña!... Pobre padre!)
Cómo se llama ese hombre?

SABINO. Se llama Antonio Gonzalez.

FERN. Pues dígame usted que venga.

SABINO. Muy bien.

FERN. Que quiero yo hablarle.

SABINO. Muy bien. (Yendo y viniendo.)

FERN. Tal vez se halle un medio...

SABINO. Muy bien. (Lo mismo.)

FERN. El asunto es grave.

SABINO. Muy bien.

FERN. Quiere usted callar?

SABIBO. Muy bien. (Quedándose inmóvil.)
FERN. Mejor saltimbanquis!—
Qué hace usted aquí?
SABINO. Allá voy!
Ustedes los militares
tienen un genio tan...
FERN. Listo!
SABINO. Muy bien, lo que usía mande.

ESCENA III.

D. FERNANDO, despues CÁRLOS.

FERN. Me han puesto en buen compromiso
ese par de botarates:
porque han sido ellos, sí;
sólo ellos los culpables.
Ella... esa pobre muchacha
me inspira un interés...
CARLOS. Padre...
FERN. Á qué viene usted?
CARLOS. Señor,
vengo...
FERN. Viene usted en balde.
Estará usted ya contento?
Ya ha logrado usted mofarse
de un hombre honrado, no es eso?
CARLOS. Yo...
FERN. Es usted un infame.
Usted abusó del candor,
de la sencillez de un ángel.
Usted ofendió á un padre anciano
con torpe y villano ultraje;—
no replique usted!—Y ahora
quién es aquí el responsable?
Á mí será á quien acusen,
á mí será á quien reclamen,
y yo soy honrado, y yo
no autorizo infamias tales.
CARLOS. No cabe en mí pensamiento
que el nombre de usted rebaje.
He delinquido... es verdad:

pero temí... usted lo sabe;
usted, ignorando que es
mi vida el amor de Cármen,
iba á separarnos, sí;
proyectaba usted un viaje.
No seguirle á usted, imposible!
Huir de ella era matarme;
qué, debí hacer?

FERN. Hijo humilde
pedir consejo á su padre,
sin comprometer su casa
con locura semejante.
Y hoy que está llena de amigos:
en buena ocasion les place
visitar mi posesion.
Será fuerza que hoy les falte...
usted cumplirá por mí.

CARLOS. Yo...

FERN. Ellos vienen á honrarme.
Hónrese usted yendo allí,
y cumpla usted por su padre.

CARLOS. Imposible.

FERN. Yo lo mando.

CARLOS. Obedeceré. Pero ántes
prométame usted que ella
no saldrá de aquí.

FERN. Al instante
saldrá.

CARLOS. Oh, no, padre mio!
la bondad de usted la ampare.
Yo la engañé; yo la dije
que bendiciendo mi enlace
usted la llamaba; yo
soy el único culpable;
yo, que perderla temí,
al lado de usted la traje,
porque usted la 'dé su amparo,
porque su esposo me llame.

FERN. Hoy saldrá de aquí.

CARLOS. Por Dios...

FERN. Yo lo mando y esto baste.

ESCENA IV.

CÁRLOS, despues SABINO.

CARLOS. Desoye mi ruego: nada
le vence... qué hacer en fin?
Sí no le vence mi súplica,
á qué medio he de acudir?

SABINO. Ay, señorito!

CARLOS. Qué ocurre?

SABINO. Nada, que ya están ahí.

CARLOS. Quién?

SABINO. Miguela con el padre.

CARLOS. Cómo?... Quién les fué á decir? ..

SABINO. Usted mismo al dar las señas
al cochero; estaba allí
la señáa Juana, y por ella
han logrado descubrir...

CARLOS. Oh, no entrarán!

SABINO. Sí señor:

entrarán, ahí está el quid.
Su padre de usted lo manda.
Como que ahora iba yo á ir
á buscarlos, cuando cata
que al pasar por Chamberí,
me los encontré á la puerta
de un tosco chiribitil.
Quise hacer la vista gorda,
cuando siento que... chis! chis!
y era Miguela... Miguela...
que con aire varonil,
terciándose así el pañuelo,
y esta mano puesta aquí, (En jarras .)
me dijo:—«Aquí estamos tóos;
hágame usted el gusto de ir
á llevar el chisme.»—Yo
me quedé sin voz y sin...
el padre me amenazaba,
y se venía hácia mí...
y eché á correr... y ahí están;
me han seguido hasta el jardín.

- CARLOS. Han entrado?
SABINO. Sí señor.
CARLOS. Y lo dice usted así?
Si no se van tiemble usted!
SABINO. Caracoles! Soy feliz!
Conque es decir...
CARLOS. Vea usted
lo que hace.
SABINO. Pero si...
CARLOS. No le pierdo á usted de vista.
SABINO. Señorito, por san Gil!...
CARLOS. Ó usted los despide, ó
va usted á acordarse de mí.

ESCENA V.

SABINO, despues MIGUELA.

- SABINO. Me está muy bien empleado.
Me alegro; soy un mastin!
Por meterme á redentor
me crucifican á mí.
Me dan un golpe. Seguro!—
Lo mejor será escurrir
el bulto. Voy... (Al salir tropieza con M iguela.
Cataplum!
MIG. Ya me tiene usted aquí.
SABINO. Y por qué se ha molestado
usted? Mil gracias... y mil...
MIG. Poquita conversacion
y al asunto sin mentir.
En dónde está Cármen? Vamos,
sin papelería y sin...
SABINO. Soy desdichado, Miguela;
Miguela, soy infeliz!
Las apariencias me acusan,
no lo niego, porque al fin
fuí cómplice... pero tengo
una horrible cicatriz
en el alma, sí señora.
Míreme usted de perfil;
míreme usted frente á frente,

y dígame usted si en mí
no se adivina que siempre
caminé por el carril
de la virtud... y la... la...

MIG. Le veo á usted de venir.

SABINO. De venir?... Por Dios, Miguela,
qué terminillo tan ruin:
mida usted más sus palabras;
esos términos aquí
no se usan.

MIG. Y á mí qué?

Me va usted ahora á mí á medir
las palabras?

SABINO. Sí señora.

Siento que hable usted así,
con esa cara de cielo...
y ese talle tan gentil...
y esos ojos.. y esa sal...

MIG. Ya lo güelo que es anís!
Vamos, ménos cercunloquios,
y dígame usted, en fin,
en dónde está Cármen.

SABINO. Yo?

Y que el señorito... zís!
me dé un golpe?

MIG. Pues yo iré.

SABINO. No por Dios!

MIG. Dónde está! (Alzando la voz.)

SABINO. Chist!...

MIG. No haga usted esos aspamientos.

SABINO. No sea usted tan cerril:
perdone usted la franqueza.

MIG. Dónde está?

SABINO. Silencio?... Allí.

(Señalando á la parte opuesta á donde se halla la casa.)

El señorito don Cárlos,
con noble y honrado fin,
para obligar á su padre
la trajo conmigo aquí:
mas es lo grave del caso,
que el papá da hoy un festin

á sus amigos; y huyendo
de la malicia sutil
de las gentes, por ahora
se encuentra instalada ahí...
en un pabellon aislado,
y entre oculto en el jardín.
Vaya usted á llamarla.

MIG.

SABINO.

Bien.

Mas la debo á usted advertir
que si á llevársela viene
invente usted algun ardid.

MIG.

SABINO.

Quién ha de oponerse?

Ella:

qué! Si vale un Potosí:
tiene mas talento, y más
corazon... qué ha de salir!
No la arranca de esta casa
toda la Guardia Civil.

MIG.

SABINO.

Bien está; yo veré...

Bueno;

en usted confían mis
espaldas; me han prometido
si no la saco de aquí
una tunda, y otra tunda
si la saco; pero en fin,
más temo al padre que al hijo:
si el hijo quiere reñir,
que me busque; porque ya
se me atufa la nariz...
y si se empeña... habrá lance!
y... en guardia! Yo sé esgrimir
(Con la accion de esgrimir.)
las armas... Mírela usted;
(Viendo llegar á Carmen.)
la ha visto á usted de venir...
y sale... háblela usted al alma;
duro en ella!...—Querubin!
(Al salir enviando un beso á Carmen.)

ESCENA VI.

CÁRMEN, MIGUELA.

- MIG. Tengo la satisfacción.
(Poniéndose en jarras delante de Cármen.)
- CARMEN. Tú aquí?
- MIG. Con la cara: á verte
he venido, para hacerte
una manifestacion.
- CARMEN. Miguela!...
- MIG. Y si en eyo falto...
- CARMEN. Calla, por Dios!
- MIG. Yo cayar?
Cabales; yo puedo hablar
muy alto, Cármen, muy alto.
- CARMEN. Qué vas á hacer? Por favor,
no grites!
- MIG. Me echas de aquí?
Pa más pedrominio, dí
que venga á echarme el señor.
- CARMEN. Tengo miedo!
- MIG. Ya se ve!
no puedes gritar? Yo puedo.
- CARMEN. Miguela!...
- MIG. Me tienes miedo?
Habrás hecho algun porqué.
Pero yo?... ni la señal!
Yo no temo á nadie... no!
Yo hablo gordo... porque yo
soy una mujer candeal.
Y nunca ofendí á mi padre;
tengo una madre, y la cuido,
estamos? y nunca olvido
el cariño de mi madre.
Por eso siempre viví
con honra, con alegría,
y con la gran fantasia
de yegar mi cara... así!
- CARMEN. Calla!
- MIG. Despues de tu acion

eres tú quien me lo manda? }
Pues dí que es lo grande.

CARMEN. Anda,
que tienes mal corazon!

MIG. Yo! }

CARMEN. Bien puede una mujer
por la pasion ofuscada
y de sí misma olvidada
una falta cometer.
Débil fui en demasía;
mas si el mundo hoy me condena,
baste á absolverme la pena
que destroza el alma mia.
Por qué insultas mi tormento
insensible á mi dolor?
Á mí me abona mi amor,
mi hondo y puro sentimiento;
pero á tí que te complaces
en mi mal con saña impía,
quién perdonarte podría
todo el daño que me haces?

MIG. Yo?...

CARMEN. No en mi dolor te goces.

MIG. Pues no estás viendo mi pena?

CARMEN. Ah, sí, que tú eres muy buena!

MIG. Cármen, ya no me conoces?

Pues podría yo con calma...

yo... cuando te quiero... ven!

No ves que yoro tambien?

CARMEN. Miguela!

MIG. Cármen de mi alma!—(Abrazándola.)

Vamos, no llores, mujer,
sin pensarlo te ofendí;
qué quieres, yo soy así,
no me puedo contener.
conque... al avío; si quieres
nos iremos juntas.

CARMEN. Yo?...

MIG. Tu padre me espera.

CARMEN. No.

MIG. Te esperamos.

CARMEN. No me esperes.

Triste y sola quedo aquí:
quedándome honrada quedo;
ya de esta casa no puedo,
no debo salir así.

De mi padre me alejé
irresistible poder;
si ofenderle pude ayer,
no he de deshonrarle, no.

Así ganaré el perdón
de mi padre; porque al cabo
volveré sin menoscabo
ninguno de mi opinión.

MIG. Pues ya voy yo por tu idea;
no se me había á mi ocurrido
que ese hombre aún no es tu marido
y ya es fuerza que lo sea.
Y te han de casar, que sí;
ú si me tercio el pañuelo
á álguien le va á arder el peio
de los que estamos aquí.
Y di tú que es la chipé:
tu padre viene conmigo...
pero yo haré... yo me obligo...
anda, yo te ayudaré.
Tu padre viene... (Mirando al fondo.)

CARMEN.

Dios mío!

MIG.

No le veas, que no es este
el momento anda, veste,
que aquí estoy yo.

CARMEN.

En tí confío.

ESCENA VII.

MIGUELA, ANTONIO.

MIG.

Por aquí, señor Antonio!

Venga usted! (Gritando desde el fondo.)

ANT.

No metas bulla;

no grites, mujer, que al cabo
no está eso bien visto nunca,
y estamos en casa ajena.

MIG.

Diga usted que esa es la pura.

ANT. Una cosa es que uno entre
con su razon buena y justa,
y otra que uno se propase...
no es verdad?...

MIG. Pues quién lo duda?

Pus si cabalitamente
para guardar compostura
y todo el comedimiento
debido, soy yo la única.

ANT. Miá tú, si á mí me hubían hecho
resistencia poca ú mucha
pá entrar, puée que respondiera
á la altivez con la furia.

Mas cuando á uno le reciben
por la güena, y no le insultan,
y le dan güenas respuestas
á uno cuando pregunta,
y le dejan á uno entrar
con libertad ausoluta,
vamos, que le dejan á uno
más achicao que una gruya.

MIG. Y que está usted en su terreno:
y que no hay ya quien presume
con usted en lo de alternar
con prudencia y con finura.
Y aunque si se proporciona
tambien tiée usted malas pulgas,
tiene usted un pecho tambien
donde un corazon se oculta
más blando que la manteca,
y más dulce que la azúcar:
no es verda usted?

ANT. ¡Picaruela!
Qué bien me oservas y estudias!
qué bien das en lo interior
de la pena que me abruma!
Cómo ha de ser!... Cuando uno
se emberrenchina y ofusca!...—
Al llegar frente á esta casa
donde no debí entrar nunca,
sentí hervir toda mi sangre
y agitarse una por una

las fibras del corazon
con irresistible furia:
si alguno me sale entónces
y el paso me dificulta, \
dí tú que en un verbo y gracia
se arina allí la gran trifulca.
Recobré la calma, y esto
lo hizo mi buena fortuna:
que de repente creí
verla tras esa espesura;
me figuré oír su voz
que aún en mi oído retumba;
voz que decía:—«Á mi padre
no se le agravia ni insulta;
dad á mi padre ancho paso
que acongojado me busca,
y es suyo todo mi amor,
y toda mi vida es suya.»—
Éstas serán si tú quieres
figuraciones ausurdas;
pero hijas son del deseo
que á toos nos ñeva y nos burla:
quien tiene hambre con pan sueña;
sueña el preso con su fuga,
pues un corazon enfermo
qué ha é soñar sino en su cura!

MIG. No se antusiasma usted poco!
deje usted que el mundo se hunda.

ANT. Tienes razon: pero ya
que venimos en su busca,
llámala tú... y cuando salga...

MIG. Qué ha é salir!... Ni con garruchas!...
Si no está aquí.

ANT. Qué!

MIG. No está.

ANT. Te engañas.

MIG. Estoy segura;
me costa. Conque así... vámonos
á otra parte con la música.

ANT. No, yo entraré...

MIG. No por Dios!

Aónde va usted, criatura?

pues si pa entrar en la casa
es menester Dios y ayuda;
si hay cáa lacayo que tira
de espaldas con la figura!
Como que hay gran reunion;
y toa es gente de alta alcornia.

ANT. Y ella no está?

MIG. Qué ha de estar!

Á qué santo?... Pues menuda
es la trinca; si hay en eya
cáa duque que ni el Dosuna.

ANT. Pues entónces... (Con ansiedad.)

MIG. Venga usté,

que vamos en derechura
á dar con eya.

ANT. Tú sabes... (Esperanzado.)

MIG. Ya sé yo donde se oculta.

ANT. Pues vamos allá...

(Vacila y busca apoyo en un banco.)

Qué es esto?

MIG. Qué ha é ser? Que está usté en ayunas.

Debe usté tomar siquiera
un piscalabis... Ahupa!

(Prestándole apoyo.)

Venga usté conmigo ..

ANT. Vamos.

MIG. Si una de usté no se cúaia...

ANT. Pues anda.

ESCENA VIII.

MIGUELA, ANTONIO, SABINO.

SABINO. (El padre!.. Se armó!)

ANT. Tambien está aquí este trucha?...

SABINO. Yo... (Huyendo.)

ANT. Déjame; por qué huye?

(Contenido por Miguela.)

MIG. Eh! Déjele usté que huya.

ANT. Dí á esa gente que por mí

no tenga zozobra alguna:
que ya me voy... me tié miedo?

SABINO. Yo no... (Este hombre me asusta.)

:

ANT. Nos veremos!
MIG. Ande usted! (Tirando de Antonio.)
ANT. Las vas á pagar toas juntas!
MIG. Vámonos ya.
ANT. Donde quieras.
Tunante!...
MIG. Vamos.
ANT. Granuja!...

ESCENA IX.

SABINO, despues D. FERNANDO.

SABINO. Pues señor, no sufro más;
no sufro más, no señor.
Fuerza es tomar ahora mismo
una determinacion.
Quiero hablar al coronel;
(D. Fernando aparece por la izquierda.)
y le hablaré... no que no!
Pues bonito génio tengo!
Y si me alza la voz...
voto á!...

FERN. Me buscaba usted?

SABINO. (Energía!) Si señor.

FERN. Sepamos.

SABINO. Míreme usía
con calma, con detencion;
nada de amenazas, nada
de disgustos, por favor,
y hablémonos, como se hablan
las gentes de educacion.

FERN. (Ente más raro!) Y sepamos:
quién es usted?

SABINO. Quién soy yo?
Yo soy Sabino Martin,
cirujano comadron,
es decir: no ejerzo aún,
más dentro de un año ó dos...
Estudí en la Escuela Pía
con bastante aplicacion,
ganando mi subsistencia

bajo el amparo de Dios,
vendiendo fósforos finos,
plumas y papel de Alcoy.
He sido despues mancebo
de la honrosa profesion
que hoy ejerzo, y con estudio,
y con fuerza superior
de voluntad, ya ve usía
que soy un hombre de pró,
y que me hallo establecido...

FERN. Acabemos.

SABINO. (Inclinándose.) Servidor.

FERN. Qué papel hace usted aquí?

SABINO. El papel de... qué se yo!
Yo he venido porque al cabo
es muy noble mi intencion.
Su hijo de usted es sensible;
la chica le enamoró...
ella dió en corresponder,
y ya ve usía, el amor...
cuando hay obstáculos... crece;
y cuando están así dos
amantes, no se les debe
abandonar... no señor;
una pasion comprimida,
ya ve usía... es cosa atroz!
Por eso velé por ellos;
tal era mi obligacion,
y ahí los tiene usía: ahora
lavo mis manos, y adios.

FERN. Ya le he dicho á usted que quiero
tener una explicacion
con el padre.

SABINO. Ya ha venido.

FERN. Es fuerza que hoy mismo, hoy,
se lleve á su hija.

SABINO. Ella...
ella es un ángel de Dios.
Ah! Mire usía; ella viene.
Háblela usía... me voy:
mas si usía necesita
de mí, en dándome una voz...

(Va á conquistarle. Daré
aviso á la reunion.)

ESCENA X.

CÁRMEN, D. FERNANDO.

FERN. (Desventurada!)—Hija mia,
no se aslija usted así.

CARMEN. Mi amparo en usted veía;
y ahora... yo no creí
que usted me abandonaría.

FERN. Mi deber lo exige, y voy
á cumplir con mi deber.

CARMEN. Si ayer falté al mio, hoy
no olvide usted por quién soy
más desdichada que ayer.

FERN. Mi hijo...

CARMEN. Su amor le disculpa,
por que Cárlos es leal:
suplicó... cedí... hice mal.
Vea usted cuál fué su culpa,
y cuál fué la mia... cuál!
Ah señor, no puede haber
pena que á la mia iguale!

FERN. No es tanta.

CARMEN. Pues no ha de ser!

FERN. No veo...

CARMEN. Tan poco vale
la honra de una mujer?
Por Cárlos la mia dí:
ya no he de verle en mi vida;
mas su amor vivirá en mí
con la memoria querida
de la madre que perdí!

FERN. Yo...

CARMEN. Bien veo que mi amor
acoge usted con desden
insensible á mi dolor;
y aunque tarde, yo tambien
reconozco ya mi error.
Mas culpa que amor abona

entre crueles sonrojes,
quién no la olvida y perdona?
A dónde volver los ojos,
señor, si usted me abandona?

ESCENA XI.

CÁRMEN, D. FERNANDO, MIGUELA, CÁRLOS, SABINO,
acompañamiento.

MIG. Ah, Cármen!... Señora..

FERN. Qué pasa?

CARLOS. Qué es esto? (Saliendo por la izquierda.)

CARMEN. Qué ha sucedido?

MIG. Tu padre me ha despedido
para volver á esta casa.
Un sorbo apenas bebió
por mí... fué mia la idea;
nunca á costumbre tan fea
tu buen padre se entregó:
el estado en que le hallé,
la pena que le devora...
verte desea, y ahora
cómo calmarle no sé.
Con gesto amenazador
mi súplica ha rechazado:
viene, el juicio trastornado,
en busca de usted, señor.

CARMEN. Tiemblo.

CARLOS. Tu escudo he de ser.

SABINO. (Buena se va á armar!)

(Llegando ahora seguido del acompañamiento.)

MIG. (Á Cármen.) No llores.

SABINO. (Aquí vienen los señores;
ahora veremos...)

FERN. (Qué hacer!)

Señores... (Acudiendo á sus convidados.)

SABINO. (Que eche ahora fieros:

se armó la de Dios es Cristo.)

FERN. Un accidente imprevisto...

ANT. Buenas tardes, caballeros.

(Presentándose en el fondo con ligeros indicios de

embriaguez y marcados trastornos de amargura. Carlos y Miguela se hallan en el extremo de la derecha, acudiendo á Cármen, cuya figura queda entreoculta por ellos. D. Fernando y Sabino se hallan en el lado opuesto. Los convidados se extienden por la escena.)

MIG.

Cármen!

CARLOS.

Silencio!

CARMEN.

Dios mio!

ANT.

Aquí estoy yo... un hombre honrao;
y tan bueno pa un fregao
soy yo, como pa un barrío.

(Avanza y tropieza con uno del acompañamiento.)
Falto yo á álguien? No lo creo;
porque yo soy incapaz...

CONVS.

Quién es? (Entre sí.)

ANT.

(Remedándolos.) Quién es?... gente é paz!

Basta ya de cuchicheo.

No parece sino que

han visto una cosa rara;

yo vengo aquí... con la cara...

y con la misma chipé.

Y no me achica el resueyo

ni el mismo que lo inventó;

digo, porque tengo yo

facultades para eyo.

(Gesticulando y haciendo guiños significativos á cada frase.)

Y entiéndalo... el que lo entienda,

y tómelo... el que lo tome,

y el que se pica... ajos come,

y el que no sepa... que aprenda.

(Encarándose con D. Fernando.)

FERN.

{Niña infeliz!}

(Contenido á la presencia de Cármen y de Carlos.)

ANT.

Hola... amigo;

es usté el amo é la casa?

FERN.

Suplico á usted... (Desviándole.)

ANT.

Ay, qué guasa!

La va usté á tomar conmigo?

Yo aquí estoy tragando quina,

y va usté á hacerme un favor.

(Intenta coger del brazo á D. Fernando; éste le rechaza.)

Ave-María, señor,
pues ni que fuá usted de china!
Yo vengo aquí... sin faltar;
y vengo aquí... porque yo
soy carpintero... y sinó
que lo diga aquel cantar:

«Eres carpinterito
de obras de afuera,
mira no te la pegue
la carpintera.»

Pues á mí me la pegó!
Tiée usted algo que decir de eya?

(Encarándose de pronto con uno.)

Pues mútis... que aquí se seya
el lábio... y sanseacabó!

(Con los dedos en los lábios.)

CARLOS. Por Dios! (Conteniendo á Cármen.)
ANT. Conmigo no hay quien!

(Encarándose con otros.)

Porque siempre me sostengo
en la firme... y porque vengo...
como sé yo.

SABINO. (Y yo tambien.)

(Haciendo ademan de beber.)

ANT. Yo no vengo aquí á faltar,
ni á robar á nadie... pues!
Hombre, si fuera al revés,
ya sería otro cantar. (Movimiento general.)
Y no hay que hacer contorsiones;
á mí me han robado... á mí!
y el ladron se encuentra aquí...
y abreviemos de razones.
Sepan todos la verdad.
Me han perdido... me han robado
mi hija... me han infamado...

CARMEN. Padre!...

CARLOS. Silencio!

ANT. Mirad!

Yo soy el padre ofendido:
y el ladron...

- CARLOS y MIG. Cármén!
(Acudiendo á Cármén, que cae desvanecida.)
ANT. (Dejándose caer en una silla sobrecitado.)
 Ladrones...
FERN. Pido á ustedes mil perdones.
(Conduciendo á los convidados por la derecha, detrás de Carlos y Miguela, los que desaparecen un momento cuidando de Cármén.)
ANT. (Reponiéndose poco á poco.)
 Qué pasa?... Qué ha sucedido?...
 Se van... Temen que yo hable...

ESCENA XII.

D. FERNANDO, ANTONIO.

- FERN. Qué ha hecho usted?
ANT. Eh?... Qué he hecho yo?
FERN. Usted no es buen padre... no!
ANT. Yo...
(Incorporándose y volviendo á caer en su asiento.)
FERN. Es usted un miserable!
 Usted me ha insultado... á mí!
ANT. Yo?... pues qué?... Pues yo qué he hecho?
 Yo vengo...
FERN. Con qué derecho
 se atreve usted á entrar aquí?
ANT. Con qué derecho?... Pues hombre
 me gusta!... Con el mayor!
 Mi hija... mi hija, señor!
FERN. No profane usted ese nombre.
 Esa niña desdichada,
 presa de dolor profundo,
 hoy se ve sola en el mundo,
 perseguida y maltratada.
 Tierna, dócil, cariñosa,
 bella, discreta, apacible,
 cómo no amar es posible
 criatura tan preciosa?
 Yo la doy desde este instante
 brindándola el bien sin tasa,
 habitacion en mi casa,

- y un sitio en mi pecho amante.
ANT. Falté!... Tiene usted razon:
falta grande... enhorabuena;
pero es más grande la pena
que siento en el corazon!
Mas si hay remedio á lo hecho
á ponerle sin tardar,
siquiera por el pesar
que me despedaza el pecho!
Porque no hay nada que aflija
como el dolor conque vengo!
Porque en el mundo no tengo
más amor que el de mi hija!
- FERN. Su hija de usted vivirá
feliz desde hoy á mi lado:
el paso que usted ha dado
la separa de usted ya.
- ANT. Señor!...
- FERN. Usted me insultó;
usted ha procedido mal!
Busca usted una hija .. á cuál?
Padre de Cármen soy yo.
- ANT. Yo creí... ella es mi vida!...
y por eso... ea, falté!
Dice usted que ella...
- FERN. Sí á fe;
es mi hija... mi hija querida!
- ANT. Su felicidad primero:
sea usted su padre... sí!
Si la quiere usted así...
- FERN. Con toda el alma la quiero.
- ANT. Ah, gracias, gracias, señor!
Eso mi júbilo aumenta;
verla feliz y contenta...
pá mí no hay dicha mayor.—
(Sacando el pañuelo y enjugándose los ojos y ale-
jándose y volviendo.)
Ella... ampara mi vejez:
si algo obligan estas canas...
de hoy más... todas las semanas
yo vendré á verla una vez,
verdad?... Soy padre... por eso,

de buena gana vendría
á buscar día por día
sólo una caricia... un beso!
Vuélvame al ménos la calma
un adios de despedida!

CARMEN. Padre! Padre de mi vida!

(Llegando á tiempo conveniente por la derecha
y arrojándose en brazos de Antonio.)

ANT. Hija mia de mi alma! (Quedan abrazados.)

ESCENA ÚLTIMA.

CÁRMEN, MIGUELA, D. FERNANDO, ANTONIO, CÁRLOS,
SABINO. Acompañamiento.

ANT. (Procurando por todos medios serenar á Cármen.)
Vamos... bien... basta... no llores,
que ya todo se acabó.
Quédate en paz... porque yo...
me voy... porque... estos señores...
quiero decir... el señor,
que te quiere tanto... ó más...
es decir... eso... jamás!...
Pero en fin... te tiene amor...
No es verdad?... Tu padre es;
quíerele tú... más que á mí...
¡Como yo te quiero á tí! (Con expansion.)

FERN (Qué alma tan bella!)

ANT. (Alejándose.) Adios, pues.

FERN. Pobre viejo... ven acá!

(Tendiéndole los brazos.)

ANT. Qué hace usted?

FERN. Voto á mi nombre!

Tender mis brazos á un hombre,
y llamarle hermano.

ANT. Ah!

(Precipitándose en brazos de D. Fernando.)

FERN. Presento á ustedes la esposa
de mi hijo Cárlos.

CARLOS. Oh, gozo!

ANT. Señor... me ahoga el alborozo!

CARMEN. Quién más que yo venturosa!

MIG. Pué usted tener vanidad, (Á Sabino.)
que usted es el que lo ha hecho tóo.

SABINO. Donde pongo mano yo
nace la felicidad.

ANT. (Á Cármen.) Premiando la fé santa
de tus amores,
con paternal cariño
el tuyo acoge.
Quiérele mucho;
pero á mí no me dejes
solo en el mundo.

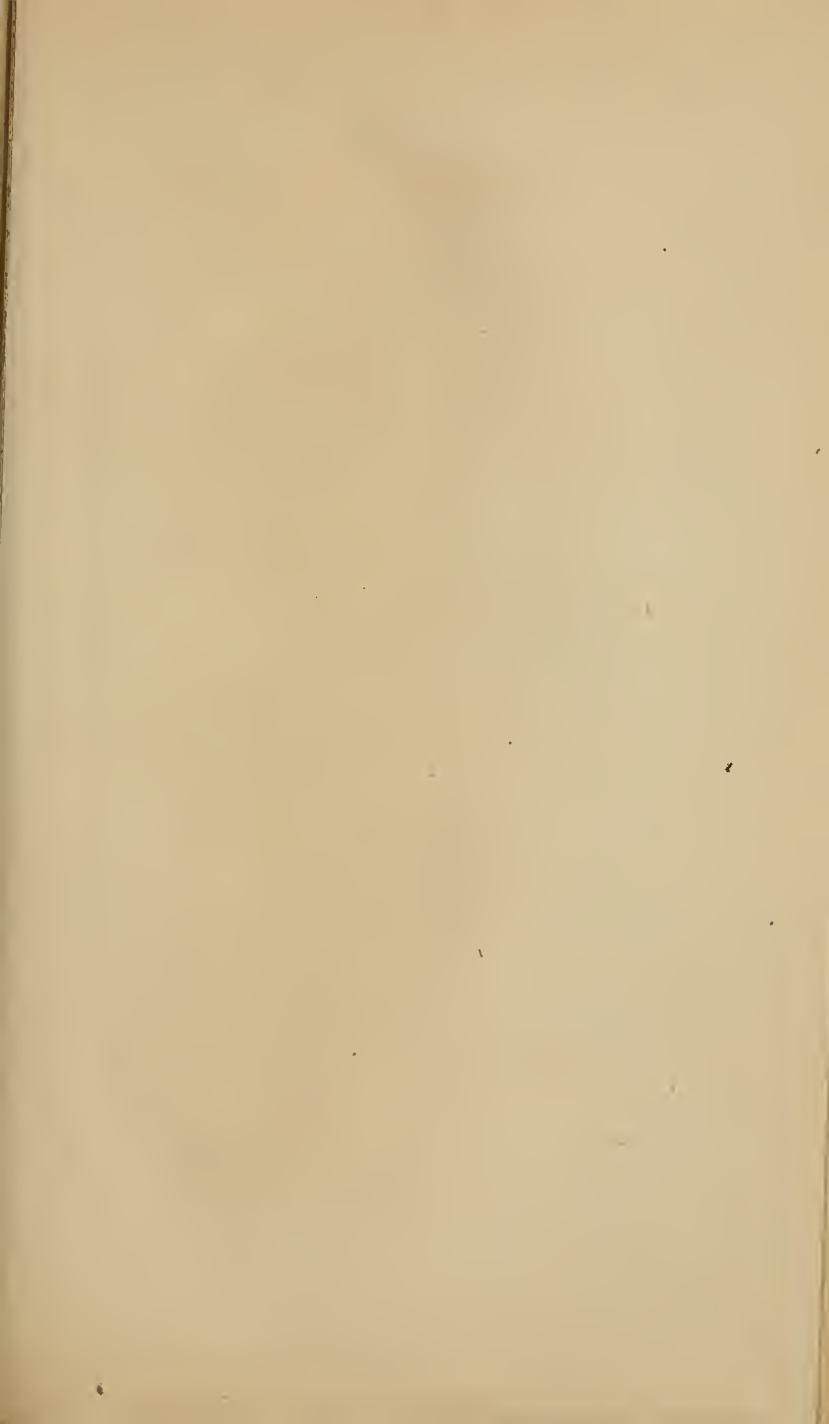
(Dirigiéndose á todos.)

Yo que por ella vivo,
que la amo tanto,
de su bien codicioso
de ella me aparto.
Sólo por eso,
un aplauso, señores.

AL JORNALERO.

FIN DE LA COMEDIA.





TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
Corazon de una madre.....	3	José Luis Clot.....	»
esclavo de su culpa.....	3	J. Antonio Cavestany.	»
tabernero de las Vistillas ó manolos franceses.....	3	D. R. G. Santisteban...	»
bien.....	3	Miguel Echegaray...	»
mancha en la frente.....	3	Sres. C. S. Bravo y Esté- ban Garrido.....	»
que no puede decirse.....	3	D. José Echegaray.....	»
bandidos de la Corte de los Milagros.	3	Juan Belza.....	»
distas y Puritanos.....	3	José Luis Clot....	»
ras y lágrimas!.....	3	L. Mariano de Larra.	»
ir á escape.....	3	R. G. Santisteban...	»
ce de febrero.....	4	José Maria Diaz....	»

ZARZUELAS.

la ó muerte.....	1	Sres. Navarro y Nieto...	L. y M.
re locos.....	1	D. J. Gaztambide.....	L. y M.
vecchia Zitella.....	1	Sres. R. del Castillo y N. Manent.....	L. y M.
voz pública.....	1	Coll y Britapaja y G. Cereceda.....	L. y M.
laurel de oro.....	2	Granés, Navarro....	L.
buena ventura.....	2	Álvarez. y Vehils...	L. y M.
criada.....	2	Vidal y Navarro y Esther.....	L. y M.
asarse tocan.....	3	D. José Inzenga.....	M.
Juan Tenorio.....	3	Sres. Zorrilla y Manent..	L. y M.
panadera del Campillo.....	3	C. Nuñez y Granés...	L.
campanas de Carrion.....	3	Larra y Planquette..	L. y M.
sobrinos del capitan Grant.....	3	D. M. Fdez. Caballero..	M.

Han dejado de pertenecer á esta Galería las comedias en un acto tituladas *matrimonio secreto; En el cuarto de mi mujer; En la sombra; La nieta del zapatero; La voz del corazon; Very Well*, y la mitad de *El laurel de Zúbia*; el libro de la zarzuela en un acto *El sargento Lozano*, y el de la en es llamada: *Una canción de amor*, obras de D. Antonio Hurtado.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; y de *D. J. A. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.

